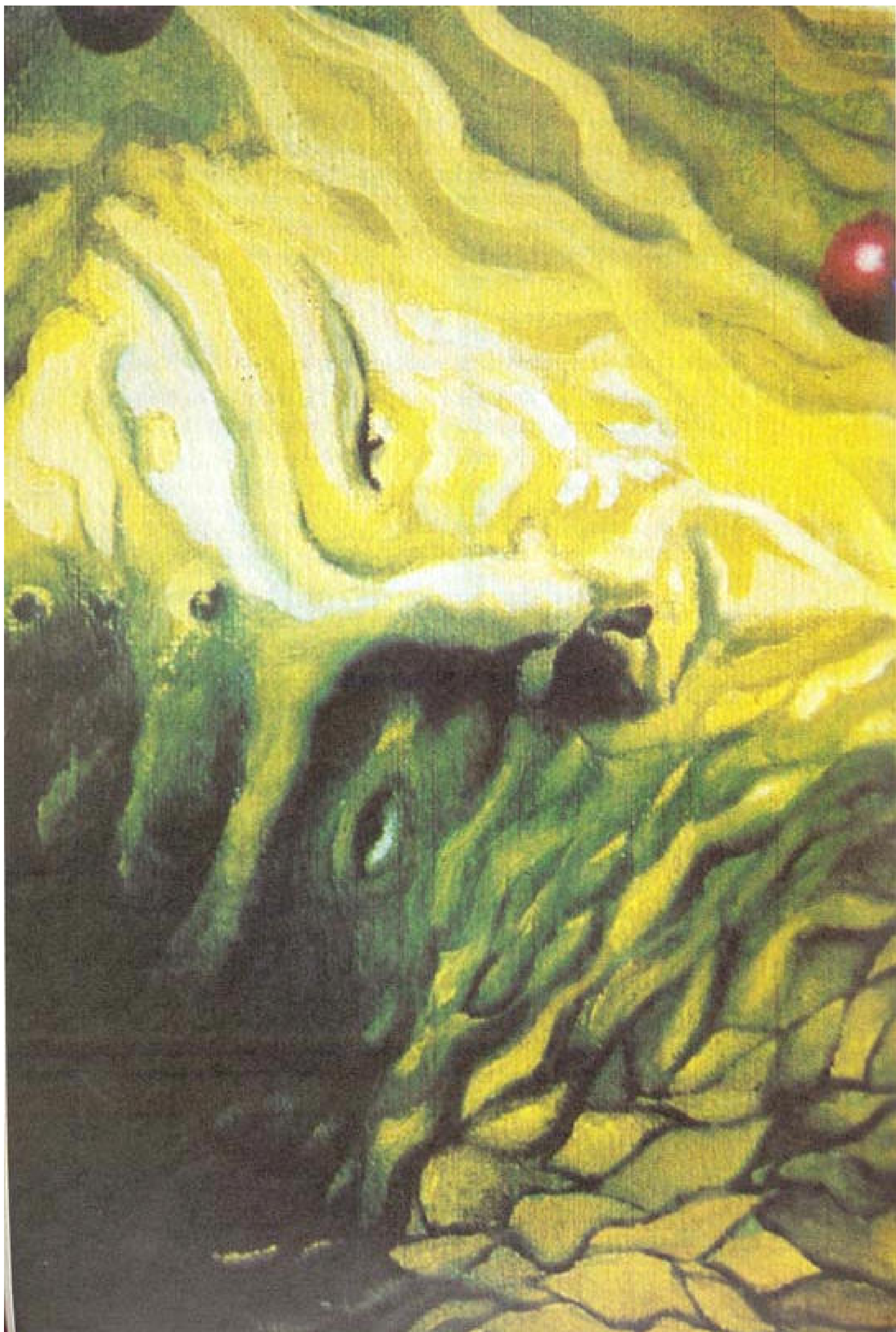




Una figura surge en medio de las plantas mágicas, el Mariri,
(Mariscal de campo) rey de la fuerza. Ernesto Giovanni Boccara.

LA MARIHUANA EN EL FOLKLORE Y LA CULTURA POPULAR BRASILEÑA

Richard Bucher

Richard BUCHER empezó sus estudios sobre las drogas en Europa. Es psicoanalista y profesor titular de Psicología Clínica en la Universidad Federal de Brasilia, siendo considerado uno de lo más importantes especialistas del país en la área de la prevención al uso indebido de droga. Fue fundador del Centro de Orientación sobre Drogas y Atención a los Toxicómanos (CORDATO), a la Universidad de Brasilia (Un B).

RESUMEN: La marihuana es una planta muy presente en la cultura popular del Brasil y en la vida cotidiana de numerosos brasileños. ¿De dónde viene? ¿De África, traída por los esclavos o del mismo Brasil, utilizada por los indígenas de la Amazonia? El autor intenta contestar a esta cuestión tan controvertida acerca de su origen. Describe también el uso tradicional de esta planta sagrada, basándose en el estudio profundizado de los textos, los diccionarios, la literatura y las canciones populares que hablan de ella.

La presencia de la marihuana en las más diversas manifestaciones del folklore, tomado éste como una de las más amplias manifestaciones culturales de un país, es constatada en primer lugar por las palabras que la designan. En efecto, raros son los objetos que conocen tantos sinónimos como el *cáñamo*, o por su nombre científico, la *cannabis sativa*, juntando a los apelativos mencionados, en los diversos diccionarios, se lista una larga serie de *sinónimos*; el AURELIO

enumera, como de origen popular o como jerga: liamba, aliamba, diamba, riamba, bengue, birra, dirigio o dirijo, erva, fumo, fumo de Angola, mato, pango, pito de pango, soruma y manga-rosa. CAMARA CASCUDO conoce otros: rafi, fininho, baseado, morrao, gongo, malva, fumo bravo, maricas. Otros nombres se acrecientan: mariguana, marigonga, maruamba, namba, cheio, fémea, jereré, fumo de caboclo o fumo brabo, lombra, cagonha, ganja, calunda.

¿Cómo explicar la existencia tan numerosa de palabras para designar la planta o sus subproductos? Si tantas palabras la designan, lo mínimo que se puede decir es que ella debe estar muy difundida y ser muy ampliamente consumida, de tal modo que la palabra que la designa forma parte del acervo léxico con todas estas variaciones que citamos. Algunos autores, además, creen que la extensa sinonimia es el fruto de los recursos utilizados para despistar la curiosidad indeseable de los entrometidos.

Otra denominación merece ser destacada: si el tabaco fue, después del descubrimiento de las Américas, llamado "*hierba santa*", la MARIHUANA, por no contener la "*bendecida nicotina*" sigue revestida del aura de "*hierba maldita*" o también "*hierba del diablo*"-lo que no impidió a un científico como Linneus llamarla "*hierba de los sueños*". Desde el siglo pasado, no obstante, otra designación llama la atención, la de "*opio del pobre*", como si una relación connatural existiera entre el pueblo y el *cannabis*. Farmacológicamente, esta aproximación sin duda era errónea, dado que los opiáceos son psicolépticos o depresores del sistema nervioso central, mientras que la marihuana, clasificada entre los alucinógenos, es perturbadora de este mismo sistema. No obstante, el saber popular atribuyó funciones similares a los dos productos. Debe tener sus razones para proceder así; más bien, debe tratarse de *funciones antropológicas convergentes* cuyo simbolismo hay que tratar de comprender, si se quiere entender la presencia de drogas en la sociedad moderna, ya sea que se trate de opiáceos -inductores de dependencias graves, aunque, felizmente, menos frecuente en Brasil- del *cannabis* o cualquier otra droga.

Al apelativo de "*opio del pobre*", se asocia a la idea de Marx que la religión es el "*opio del pueblo*". No nos interesa aquí la crítica de la religión incluida en la argumentación marxista, sino la comparación entre la droga y la religión, en el sentido antropológico: el consumo de drogas tiene, dependiendo del contexto y de su finalidad, connotaciones mágicas, rituales o sobrenaturales que se dejan comparar con algo de sagrado. Acercar las drogas a la religión, pues, no es tan absurdo como resulta a primera vista de la crítica de Marx, lo que da un nuevo relieve a nuestro propósito de investigar el folklóre brasileño a ese respecto.

Usamos el término de *folklóre* para expresar, en nuestra visión, de la manera más apropiada, el conjunto de representaciones - costumbres y hábitos, ritos, tradiciones, creencias, prácticas, mitos- construido por el pueblo alrededor del cultivo y uso de la marihuana. Eso implica un *saber*, pero que se opone al saber científico o erudito: el primero no es formal, es más vivido y experimentado que formulado en términos explícitos. Analizado y valorizado adecuadamente, puede transformarse en un importante esclarecedor de las discusiones sobre este tema, capaz de arrojar luz, particularmente, sobre la cuestión de la *peligrosidad* del consumidor de la planta y de su verdadero alcance en la realidad social del Brasil de hoy.

Las fuentes históricas de los estudios de esta naturaleza son raras y de difícil acceso. Remontándonos a las primeras crónicas descriptivas sobre la tierra ocupada por los portugueses, no encontramos ninguna pista que permita definir la presencia de la planta, y mucho menos de cualquier uso. Esto refuerza la tesis del origen africano de la marihuana brasileña, precisamente el "*fumo de Angola*". Según MOTT (1986), la gran mayoría de los historiadores y comentaristas concuerdan con esta idea: el cannabismo fue introducido en Brasil por el esclavo negro. Existe la idea de una fecha precisa : 1549, que coincide con un edicto de Don Joao III, autorizando la importación de esclavos por los plantadores de azúcar. El autor, a pesar de ello, denuncia esta visión, más romántica que documentada, y no ve indicios claros de que los esclavos hayan traído, desde el inicio, semillas de la "*hierba bendecida*" para "*olvidar las amarguras de la esclavitud y la nostalgia de la tierra de los*

ancestros". Sin embargo, no es solamente el inicio dudoso, sino también la propia tesis de la importación de África. Solamente la paleobotánica podría decidir si originalmente, existía una "*Cannabis Americana*" como subespecie de la "*Cannabis Sativa Indica*".

Según el sociólogo FREYRE, sin embargo, el origen africano sería cierto. El cáñamo fue realmente introducido por los esclavos africanos que la consideraban una planta sagrada no solamente por producir sueños, delirios y alucinaciones, sino también por las propiedades terapéuticas, de verdadera importancia para un pueblo desprovisto de otros medios que no provengan de la flora para tratar los achaques que le asolaban. La misma tesis ya fue defendida por DORIA (1915) que invoca también argumentos filológicos: la planta pudo haber sido traída de África Occidental, donde estaba utilizada para fines intoxicantes bajo los nombres de *liamba* o *maconha*. En Brasil, esos nombres no sufrieron siquiera modificaciones y se extendieron exactamente en las regiones donde abundaban los esclavos.

Recientemente, sin embargo, el sociólogo ADIALA (1986) se refiere a este tipo de argumentación para sostener la tesis de la creación del mito del "*origen africano de la marihuana brasileña*": el "*problema de la marihuana en Brasil*" o sea, la elección de la marihuana como "*la droga nacional por excelencia*", sería expresión de prejuicios racistas y apuntalaría hacia la implantación de un sistema punitivo aplicable a grupos sociales que, por su composición étnica, fueran considerados peligrosos por la sociedad dominante, vale decir, blanca.

Un autor como MONTEIRO, todavía admitió en 1965 la hipótesis que la planta existiría ya entre los *pueblos indígenas* del norte del país, con nombres diferentes, suposición que no se puede descartar fácilmente si tomamos en cuenta, por ejemplo, que los términos maricá y toé, presentes en tribus de la Amazonía, son totalmente desconocidos en otras regiones.

El silencio de los primeros viajeros y cronistas, incluso de botánicos, minuciosos en observar y describir todo, deja suponer que

no la encontraron. PERES (1958) prefiere así no pronunciarse: "*casi todos los investigadores dicen que la diamba es de origen africano, que fue traída por los negros del Congo en la época de la esclavitud. Es una afirmación difícil de ser amparada o contestada.*"

Un cronista como BURTON (1868), sin embargo, no deja dudas en el registro de sus "*Viajes en las planicies del Brasil*" al respecto del consumo de la marihuana a mediados del siglo pasado. Afirma: "*los negros de Minas Gerais se deleitan también con el pango, llamado aquí 'ariri' la bien conocida Bhang (Cannabis sativa) de la India y de la costa Este o Oeste de Africa... El domingo, después de la misa los indolentes y disolutos guardaron el día santo de moda africana, echados en el suelo, fumando y si es posible bebiendo y fumando cáñamo, como los selváticos de Sierra Leona.*" En esta descripción se confunden observación etnológica y prejuicios sociales (en este caso británicos), como ocurre con frecuencia cuando se trata del uso popular de la marihuana, cuya práctica, ya en el siglo pasado, es asociada a holgazanería, a pereza y marginalidad. No obstante, la vinculación de esta apreciación peyorativa con el espíritu victoriano de la época, es un hecho que, todavía hoy, persiste, un juicio de desprecio sobre las búsquedas recreativas no oficiales, lo que se manifiesta en la condenación moralista de todas estas formas de obtención de placer no sancionadas por las autoridades.

De manera general, la *literatura brasileña* se atreve poco a comentar este asunto, no habiendo registro de la marihuana en las obras de ficción hasta mediados de nuestro siglo. Solo los trabajos de los últimos cuarenta años la mencionan, cuando el tema ya se había vuelto polémico y la hierba se consideraba "*amenaza pública*". Es el caso de FREYRE (1979) que analiza anuncios antiguos de periódicos sobre la venta y alquiler de esclavos, con la intención de investigar, entre otras prácticas, el *maconhismo*. Escribe: "*No encuentro referencias directas de la marihuana o diamba, siendo probable... que entre los cachimbeiros o bebedores de humo hubiese viciados en el uso puro o mezclado del estupefaciente africano. Por lo menos es lo que cuentan los viejos negros: que, a veces, se mezclaba marihuana y tabaco.*"

A pesar del silencio de los historiadores, encontramos un manantial rico de informaciones en los *cancioneros populares*, cuyas producciones estuvieron sujetas a muchas interpretaciones a propósito de la divulgación del uso de marihuana en las clases populares, levantando así hipótesis que merecen atención. De hecho, fue en el Nordeste del Brasil donde más se difundió su uso. Con los trabajos de la caña de azúcar y la necesidad de importar esclavos, se dió la costumbre de plantar y de fumar marihuana, sobre todo porque esta práctica era bien tolerada por los señores de las tierras y de los talentos. Así, según la opinión de FREYRE, la diamba aseguraba la estabilidad de los señores en los períodos de ociosidad, cuando se refrescaban los fuegos de los ingenios: dedicarse al disfrute del fumo de Angola ablandaba entre los esclavos eventuales veleidades de revuelta o fuga -lo que merece ser llamado "*el uso ideológico*" del consumo de drogas.

De esta manera, el uso del pito-de-pango no demoró en expandirse, encontrando adeptos en los campos entre Alagoas y Marañón, y entre los barqueros o canoeros del bajo Sao Francisco. Práctica común entre los negros, que buscaban en la hierba el placer y la relajación luego del penoso trabajo diario, no fue difícil su difusión entre los caboclos y su migración del área rural al área urbana. De tal forma se difundió y alcanzó otras clases sociales y otras regiones, hasta que se juzgó necesaria la prohibición de la compra y venta en establecimientos públicos de Río de Janeiro, en 1830, por un decreto de la Cámara Municipal.

La marihuana, o "dirijo", crece en ciertas regiones del norte y nordeste del país, bajo la forma de plantación marginal ni siquiera sospechada entre las plantaciones de caña, maíz, frejol, clavo y pimienta. En función del aumento de la fiscalización policial, esta "*economía informal*", si bien no desaparece, tiene sin embargo que vivir cada vez más escondida: entre los plantadores de roza, aquí y allá surgen plantones ocultos, como una necesidad derivada del modo de vida penoso del campesinado nordestino. De hecho, jamás se oyó hablar de una "*cultura de la marihuana*" en un ensayo de economía, a pesar que es verdad que existen plantaciones, en los márgenes del bajo Sao Francisco, que no sirven únicamente para la subsistencia del

plantador o su propio consumo, sino para la comercialización en regiones urbanas del sur, como si fuese un producto agrícola cualquiera, con la salvedad que se trata de un producto ilegal.

Tradicionalmente el cáñamo es plantado en lugares no muy secos, aprovechándose en general del terreno de quema. Tienen cuidado de plantarlo lejos de las moradas, sus usuarios son muy discretos para dar informes. Según los diversos estudiosos que se interesaron en su uso (DORIA, 1915; IGLESIAS, 1918; MONTEIRO, 1965; BONTEMPO, 1981; MOTT, 1984), sólo la planta hembra presenta interés, pues ella produce la espiga y la semilla. Los machos no sirven de nada. Además, recoger las partes de la planta de mal humor o en presencia de una mujer menstruando, modifica el sexo de la planta: ella se esteriliza y pierde sus virtudes.

En la época en que las hojas se vuelven amarillas y la pluma (espiga) se seca y se deshilacha, se llega al momento de la cosecha. Los entendidos no se sirven de las hojas comunes ya que no cuentan con la "nicotina", sino solo las plumas. Se arranca entonces el arbusto y se lo pone a secar a la sombra, en la casa o en el relente. Después de algunas noches recibiendo el sereno para dejar las hojas más curtidas, lo que las vuelve más suaves a fumar ya que neutraliza sus propiedades nauseabundas, son ligeramente trituradas por las manos de aquellos que les darán el destino anhelado...

Sus hojas secas son usadas, sea *fumándolas*, sea en *infusión*, entrando en la composición de ciertos brebajes preparados por los "hechiceros" o viejos caboclos. En este caso, servirán para "hechicerías" o curas chamánicas. Como remedio, es considerado infalible en ciertas dolencias. Útil en el tratamiento de ciertas neurosis, actúa como calmante y sedativo, sirviendo también en los accesos de asma y tos ferina. En cuanto a la infusión de marihuana, produce efectos contra la inapetencia y neuralgias dentales. Si no hay mejor remedio contra el dolor de dientes, es sin embargo necesario no usar las semillas, sinó los dientes se caen. En dosis moderadas, la marihuana estimula la circulación, aumenta el calor periférico, despierta el apetito y estimula los órganos de locomoción. Actúa en el desempeño sexual, corrigiendo "los estragos de la edad". Sirve

también en cólicos uterinos y perturbaciones gastrointestinales en función de sus efectos calmantes, narcóticos y analgésicos.

En opinión del caboclo, por lo tanto, el dirijo, lejos de ser una planta "*maldita*", es sagrada. Muchos usuarios consuetudinarios atribuyen su salud y vigor físico al hábito de fumar marihuana. Según varias fuentes, hasta la reina Carlota Joaquina usaba una infusión preparada con diamba del Amazonas. Los efectos medicinales se suman a los efectos tradicionalmente descritos como "*hilarante, inebriante, fantasmagórico, hipnótico o soporífico, y estupefaciente o narcótico*" (DORIA, 1915), y en muchos casos se vuelven indisociables.

Las *propiedades medicinales* de la cannabis sativa son confirmadas por investigaciones farmacológicas modernas (CARLINI, 1984). Como en el caso de la hoja de coca, no resultan de la fantasía popular, de la creencia o de la sugestión, sino de efectos *benignos* cuya objetividad es comprobada -además de influenciados por la adhesión afectiva a prácticas terapéuticas tradicionales- por el conjunto de la población. El uso medicinal en cuestión corresponde a una práctica social integrada y compartida a partir de un saber antiguo, fomentando concordia y cohesión entre los miembros de la comunidad. Además, tales remedios naturales, fabricados doméstica o artesanalmente, son de bajo costo, y si es verdad que existen hoy medicamentos más eficaces, producidos industrialmente, conviene no olvidar que son mucho más caros y por lo tanto están fuera del alcance de la gran mayoría de esta población que vive con un régimen económico mínimo. En este sentido, se puede cuestionar a quién sirve la prohibición no sólo de fumar, sino también de plantar cáñamo y consecuentemente de fabricar remedios populares.

No hay noticias de que la marihuana sirva para algún ceremonial secreto, sea en bebida, sea inhalada, a no ser entre los indios, donde a veces es usada en rituales de iniciación o de invocación. Su poder mágico es aprovechado para llamar o encantar ciertos animales que se vuelven entonces presas fáciles. En los xangos y candomblés, facilita una serie de travesuras: en los lugares donde se hacen hechizos para los consultantes en búsqueda de suerte y

felicidad, el aceite de liamba sirve en los trabajos difíciles. En Alagoas, se encuentra en las sambas y "*batuques*", danzas aprendidas de los negros africanos.

Existe la costumbre, entre los frequentadores, de reunirse formando una especie de *club de iniciados*, donde los sábados, celebran sus sesiones. Durante los banquetes y noches de bailes, la marihuana estimula la verborrea de los animadores y juega el papel de agente catalizador.

Según MORENO (1946), hay, en la clasificación de los fumadores, tres tipos de cigarros, hechos con las hojas y partes floridas de la planta. Son el "*morrao*", el "*baseado*" y el "*fininho*", variando de acuerdo a la cantidad de producto que cada uno contiene. Es común preparar el cigarro aprovechando la cáscara de determinados árboles para la envoltura. Esta, sin embargo, puede ser substituida por el papel de envolver o por la paja de maíz, "*la de más adentro*", que es tierna y da un sabor agradable al "*baseado*".

Otra manera de fumar el cáñamo, y mucho más original, es el *aparato o pipa turca*, semejante al *narguilé asiático*. Consiste en una pipa de arcilla con un largo tubo de bambú o taquari, que atraviesa una pequeña calabaza o botella llena de agua, por donde pasa el chorro de humo.; antes de penetrar en la boca del caboclo fumador, es entonces lavado, lo que lo deja más fresco, aromático y agradable. En jerga, este dispositivo es conocido con el nombre de "*maricas*", celebre compañero inseparable de los barqueros y canoeros del bajo Sao Francisco, en la medida, claro, en que la moderna fiscalización y represión no vaya a inhibir esta costumbre tradicional.

El mismo autor relata que los caboclos, animados con el humo del fininho, *improvisan versos y narran* historias durante noches enteras. Fuera de esta influencia, no hay gracia en conversar, dicen. En las fiestas donde la diamba está presente, es común que haya desafíos en versos. Pretenden que el producto los pone más despiertos y de inteligencia más vivaz y fecunda para encontrar la idea y hallar consonancia. Muchos la utilizan para prepararse para los desafíos o duelos. Según DORIA (1915), el poeta cearense Quintino Cunha-"a

quien también le gustaba"- dejó escrito que su humo es inspirador por excelencia, y que uno al experimentar *"sólo hablará en verso"*. La marihuana, de hecho, encontró buenos "trovadores", ya que las ruedas borrachas de las diversas regiones del Nordeste suscitaron versos que constituyen importantes registros de su presencia en la cultura popular.

Preguntando a un fumador al respecto de la sensación experimentada, se oye que "ayuda a olvidar el cansancio durante el trabajo y después" y que elimina las necesidades del hambre y de la sed. *"Nada como quemar un baseado antes de cualquier tarea: el cuerpo queda liviano, la fuerza aumenta, correrse vuelve fácil"*. Sin embargo, para los miedosos, atropella: se ponen a reír y a llorar, y es como para quedar asustado. En general, sin embargo, el caboclo usuario transmite un estado de bienestar, de satisfacción y de felicidad, pudiendo conducir a sueños alegres o eróticos. Dicen que *"saca la mugre"*; otros, que la excitación que provoca puede llevar *"a una gran lubricidad"*.

DORIA (ib.) relata que el abuso de diamba puede llevar a una completa postración, o sino, al contrario, hacer el caboclo cantar, correr, saltar y hablar demasiado. En consecuencia, muchos ríen estrepitosamente a carcajadas, se agitan, se muestran amables, con manifestaciones fraternales, o ven objetos fantásticos, de acuerdo a cogniciones predominantes en el momento. *"Algunas veces, la contienda toma rasgos diferentes y exige la intervención de la policía para apaciguar los ánimos exaltados."*

Según este médico, cuando la boca comienza a ponerse amarga, es señal de embriaguez. Para disiparla, nada mejor que dejar diluirse en la boca algún dulce. Una vez *en la borrachera*, hay sólo una manera de salir: comer muchos plátanos, dulces, (mariols), o tomar caldo de caña de azúcar. El sujeto, en este estado, es capaz de gastar todo su dinero para matar el hambre animal que se apodera de él. Después que el efecto se disipa, no sufre ninguna amnesia y se acuerda perfectamente de todo lo que hubo durante la fase de *borrachera*.

El mismo autor cita conversaciones con presos, habituados a fumar diamba "*para aliviar el espíritu fastidiado por la prisión y conseguir de este modo momentos de distracción y alegría*". Por su lado, pescadores que la utilizan en alta mar, en canoas o balsas, se sienten así más dispuestos a "*vencer menos penosamente las agruras del mar*". Sin embargo, hay otros relatos, casi siempre de terceros, sobre individuos que se comportan como locos bajo el efecto del "*delirio*"; a pesar de todo, después del efecto duermen con un sueño profundo y tranquilo, despertando luego bien dispuestos. En ciertos casos, no se sabe si las descripciones se deben a verdaderas observaciones o a la imaginación popular; así, cuando se habla de consumidores que "*entran en delirios furiosos*", intentando matar a otra persona, o también cuando abusando del humo por largo tiempo "*llegan a enflaquecer, volviéndose pálidos, abatidos o gravemente enfermos y precipitando su muerte*".

Una serie de autores, sin embargo, cuestiona al respecto la asociación del abuso de marihuana con la locura, violencia o enfermedad, que podría ser solamente colateral o coincidente. Por otro lado, es común vincular la práctica marginal de fumar el dirijo con la responsabilidad en actos ilegales o criminales, como si se tratase así de una relación causal inevitable, o aún de una compulsión fatídica. No deja de ser sorprendente cómo tales "revelaciones" contrastan frontalmente con las experiencias, en general pacíficas y alegres, relatadas por los usuarios habituales del fumo-de-Angola.

Resumiendo todas estas observaciones, no hay duda de que existen *daños* causados por el *abuso* de diamba, ya que todo exceso es perjudicial para el equilibrio psíquico, físico y social del usuario, como lo demuestra muy bien el alcohol. Tampoco hay duda de que existe un *consumo culturalmente integrado*, aunque amenazado de extinción por consecuencia de factores de fiscalización aplicados con severidad extrema o en los lugares erróneos, o incluso por consecuencia de la presión de intereses económicos o políticos, a veces disfrazados, a veces no, bajo el manto de consideraciones moralistas. Quien pierde, sucumbiendo a esas diversas presiones, sin duda alguna es la propia población en sus intentos de organizarse culturalmente y de preservar sus tradiciones o simplemente de

garantizar su sobrevivencia. Al respecto del uso o abuso, de otro modo, terminaremos con un comentario de DORIA (ib.): *"Es así que nada existe sobre esta tierra absolutamente bueno o absolutamente malo: compete al hombre, en su perfeccionamiento, aprovechar la primera faz, dominando y neutralizando la segunda."*